

BREVE HISTORIA
DEL ANTIGUO EGIPTO

JUAN JESÚS VALLEJO

*A mis padres, cuyo aura contemplo todas las noches al
mirar las estrellas.
A mi hermano Manolo, recuerda que lo imposible
además de real puede convertirse en cotidiano.*

JUAN JESÚS VALLEJO

*“Otra vez nos emociona el misterio de la tumba, el res-
peto y la veneración de lo que ha pasado hace
muchísimo tiempo y que, sin embargo, conserva su
poderío”*

HOWARD CARTER

Colección: Breve Historia (www.brevehistoria.com)
Director de la colección: Juan Antonio Cebrián
www.nowtilus.com

Título: Breve historia del Antiguo Egipto
Autor: © Juan Jesús Vallejo
Fotografías: © Juan Jesús Vallejo

© 2005 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Editor: Santos Rodríguez
Responsable editorial: Teresa Escarpenter
Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño de interiores y maquetación: Juan Ignacio Cuesta y Marta Fernández
Producción: Grupo ROS (www.rosmultimedia.com)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 84-9763-213-3
EAN: 978-849763213-3
Depósito legal:

Fecha de edición: Mayo 2005
Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso

ÍNDICE

PRÓLOGO DE JUAN ANTONIO CEBRIÁN	11
1. UNA CIENCIA PARA LOCOS, BOHEMIOS Y HEREJES	21
El incansable bohemio	22
Un personaje políticamente incorrecto.	26
El sueño del general	30
Un niño marcado por el destino	33
2. LA CULTURA QUE SURGIÓ DE LA NADA	41
El secreto del Sahara	42
El dulce llanto de la diosa	47
Charlas con Platón	51
Los hijos del dios halcón	54
3. EN EL PAÍS DE LOS MAGOS	59
Thot y su fabuloso libro	60
El primer mago	64
Los hijos de la luz	68

4. EL MENSAJE OCULTO DE LA GRAN PIRÁMIDE	73
Los enigmas de la Gran Pirámide	75
Crónica de un engaño	79
Una clave, a la vista de cualquier visitante	82
El misterio de los nubios	86
5. LA ESFINGE, EL LEÓN PERDIDO	91
El oscuro padre del felino	92
En los albores del tiempo	97
Mirando a las estrellas	101
El legado de los dioses	105
6. LOS EXTRAÑOS EGIPCIOS	109
Unos muertos que parecían vivos	110
El sexo en la época de los faraones	114
El país que se guiaba por los sueños	119
7. DOS HOMBRES, UN FARAÓN Y UN DESTINO	123
El encuentro de dos aventureros	125
Tutankamon nace para la historia	128
La cueva de las maravillas	132
La fría sombra de la muerte	135
El hongo inteligente	139
8. EL TEMPO DE EDFU	141
Cuando los dioses caminaban por la tierra	142
En la casa del dios halcón	145

Entre luces y sombras	148	
La prehistoria del cristianismo	151	
9. OTRAS COSAS MARAVILLOSAS		153
El primer espía de la historia	155	
El enigma de los dioses de piedra	161	
La reina que buscó el país del oro	166	
10. AKHENATON, UN FARAÓN QUE SE ADELANTÓ AL TIEMPO		171
El niño con el que nadie contó	173	
Nace una nueva religión	175	
Aton frente a Amon	179	
Ajetaton, la ciudad de los sueños	182	
BREVE GUÍA PARA EL VIAJERO		189
La casa del ego	191	
La isla de la diosa	194	
Caminando entre cocodrilos	198	
La ciudad de la luz	201	
BIBLIOGRAFÍA		205

Nota: no se ha empleado ningún acento en los términos egipcios, exceptuado Sinuhé, por figurar así en el título de la novela contemporánea escrita por Mika Waltari.

Prólogo

JUAN ANTONIO CEBRIÁN presenta

LA CIVILIZACIÓN MÁS QUERIDA DEL MUNDO

LA NOMENCLATURA FARAÓNICA Y REGIA del antiguo Egipto se muestra pródiga en nombres de imperecedero recuerdo: Tutankamon, Ramses, Micerino, Kefren, Keops, Cleopatra han surtido de sueños emocionantes a decenas de generaciones compuestas por entusiastas estudiosos de la civilización más apasionante y enigmática que vieron los tiempos. En el siglo IV a.C., los griegos de Alejandro Magno toman posesión de Egipto en detrimento de los persas quienes, con más prisa que pausa, abandonaron la tierra faraónica ante el empuje macedonio.

El 10 de junio del año 323 a.C., Alejandro Magno fallecía en Babilonia, dando paso a una suerte de disputas por el control de todos los territorios conquistados hasta entonces por él. Como sabemos, el imperio quedó distribuido en tres zonas con otros tantos linajes gobernantes. En el caso de Egipto fue

Ptolomeo, amigo y biógrafo de Alejandro, quien asumió el poder originando la dinastía lágida, llamada así por ser Ptolomeo hijo de Lagos. Todo esto ocurría en el año 305 a.C., iniciándose un periodo de presencia griega en Egipto que se prolongaría hasta la muerte de Cleopatra 275 años después.

El Egipto lágida atravesó diferentes etapas cuajadas de inestabilidad social y política, sin embargo, en los aspectos culturales se produjo un auténtico renacimiento, basado, esencialmente, en el sincretismo religioso que permitía la fusión del mundo ancestral egipcio con la visión helenística de la que hacían gala sus gobernantes. A todo esto se añadía la luminosa biblioteca de Alejandría, custodia del saber de aquella época tan crucial para la humanidad.

Los lágidas mantuvieron la recién fundada Alejandría como su gran capital, fue una ciudad majestuosa que supo dar luz a todo el mediterráneo, convirtiéndose en el principal puerto de ese mar del que salían abundantes productos rumbo a la exportación. De esa forma, papiros, trigo, telas, se distribuyeron durante decenios para mayor riqueza de los ptolomeos obsesionados con fortalecer una economía basada en la plata a la usanza griega.

Alejandría llegó a contar con más de medio millón de habitantes de los cuales más de la mitad se podían considerar ciudadanos libres, el resto constituían una cosmogonía humana difícil de encontrar en otros puntos del planeta: egipcios, judíos, árabes y los propios griegos conformaban la población más heterogénea del mundo con grandes templos dedicados a dioses mestizos como Serapis.



Alejandro vivía y crecía como una ciudad griega, este hecho provocaba que diera la espalda al Egipto más genuino y enraizado. Me refiero, como es obvio, a los territorios que besaban al sagrado Nilo, río concesionario de vida y muerte para aquellos habitantes que durante milenios trabajaron, oraron y murieron para mayor grandeza de un valle reconocido como uno de los lugares más fértiles y bellos del mundo antiguo. Lástima que los griegos ptolemaicos no supieran entender los sentimientos del pueblo que dominaban.

A lo largo de sus tres siglos de hegemonía los lágidas defendieron una clara intención expansionista por el mediterráneo, viviendo momentos dulces en el siglo III a.C., con posesiones en el mar Egeo, Fenicia, Cirene, Siria y Chipre. La suerte cambió un siglo más tarde, cuando, debido a diversos avatares, la dinastía entró en decadencia perdiendo todo lo conseguido y salvando, a duras penas, el propio territorio egipcio. En aquellos instantes de la historia, un nuevo poder emergía con inusitada fuerza, era la Roma aún republicana que aspiraba a someter toda la cuenca mediterránea. En ese sentido, los ptolomeos mostraron una debilidad extrema, acaso originada por su obstinada forma de entender la vida. Mientras los romanos aportaban sangre fresca y vientos renovadores, los ptolemaicos se empeñaban en permanecer ignorantes ante la realidad de su pueblo manteniendo la endogamia como absurdo signo clasista. En efecto, los griegos nada querían saber de los egipcios, ni siquiera conocían la lengua local, en pocas ocasiones los colonos helenos se mezclaban con los autóctonos, incluso los matrimonios realizados en la casa real sólo debían



efectuarse entre parientes a fin de mantener pura la estirpe original. Estos factores sumados a otros políticos y militares hicieron que, poco a poco, el árbol griego se fuera pudriendo con monarcas incapaces y asesores, más preocupados en sus herencias y fortunas personales, que en defender el reino entregado por Alejandro Magno. Tras ellos llegaron romanos, árabes, turcos y mamelucos. El polvo del desierto fue cubriendo los vestigios de la cultura más asombrosa que vieron los tiempos, aunque, finalmente en el siglo XVIII la célebre expedición francesa liderada por Napoleón Bonaparte pudo rescatar treinta siglos de historia gracias a un insospechado hallazgo: Agosto de 1799, nos encontramos en Rachid (Rosetta), una localidad egipcia sita a unos 45 kilómetros de Alejandría. La patrulla del teniente Bouchard trabaja bajo un implacable sol en el refuerzo de algunas defensas de la plaza. De repente, en plena faena, surge ante ellos majestuosa una piedra de 750 kilos de peso con 1,20 metros de altura. La mole está llena de inscripciones misteriosas y los soldados ponen el hallazgo en conocimiento de sus superiores; todavía no lo saben, pero han encontrado la llave que permitirá acceder a más de 3.000 años de historia del antiguo Egipto. Años más tarde Jean François Champollion descifrá los mensajes de Rosseta, dando paso a la egiptología moderna y a miles de títulos concernientes al enigmático país de los faraones.

Usted querido lector tiene la posibilidad de descubrir, gracias a Juan Jesús Vallejo, aspectos poco frecuentados de esta civilización milenaria. En las páginas de éste libro sentirá al igual que su artífice sensaciones indescriptibles únicamente



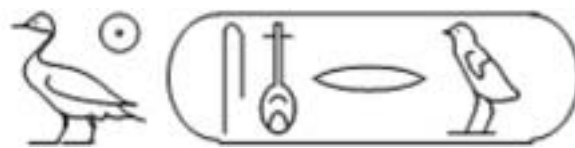
BREVE HISTORIA DEL ANTIGUO EGIPTO

percibidas cuando nos topamos con la majestuosidad de las pirámides, esfinge o templos sagrados de un mundo surgido del desierto. Maravillas, enigmas, viajes y misterios aún por descubrir se dan cita en esta obra y, yo espero, sinceramente, que usted sienta en su piel los vendajes aplicados a las momias, mientras pasea complacido por las narraciones fantásticas ofrecidas por Vallejo. Disfruten, una vez más cuál champolliones de nuestro tiempo con Egipto. Déjense seducir por él y no olviden que eso de las maldiciones es mera superstición, o quizá no.



CAPÍTULO I

UNA CIENCIA PARA LOCOS, BOHEMIOS Y HEREJES



Sello de Esnofru.

PARECE QUE LO INCREÍBLE Y SORPRENDENTE atrae hacia sí a gentes del mismo talante, como si lo misterioso tuviera un magnetismo invisible que atrapa a todos aquellos que viven de una forma diferente. Este es el caso de Egipto, un país plagado de lugares imposibles, capaces de estimular la imaginación del más racionalista de los científicos.

Desde muy antiguo, las leyendas provenientes de las ardientes arenas del Sahara recorrieron Europa alentando en la imaginación colectiva la visión de un lugar sacado de un cuento de hadas. No sabemos si fue visión o simplemente eso que unos llaman casualidad y otros destino lo que empujó a militares, bohemios, borrachos, niños prodigio y todo tipo de personajes curiosos a embarcarse hasta aquellas tierras a la búsqueda de las maravillas de las que habían oído hablar. Pero si sólo un niño cree en cuentos de hadas, sólo alguien que de adulto mantenga la misma curiosidad que un infante será capaz de llevar a cabo un peligroso viaje buscando el conocimiento de una cultura olvidada. Quizás por esto el nacimiento de la egiptología está plagado de este tipo de personajes. Todos ellos con una personalidad radicalmente distinta, pero todos, también, marcados por una genialidad que los ha llevado a ocupar un lugar de honor en las páginas de la historia.

El incansable bohemio

LOS SACERDOTES HACÍAN OFRENDAS en las puertas de los suntuosos templos, mientras los escribas tomaban nota de la cuantía de las cosechas. El paseo era sobrecogedor, y en él se mezcla-



BREVE HISTORIA DEL ANTIGUO EGIPTO



La belleza incomparable de muchos de los enclaves existentes en el país del Nilo provocó que en Europa surgieran mil leyendas en torno a esta fascinante y milenaria cultura.

ban los finos aromas de Oriente con el ácido olor del natrón. La actividad era, en resumen, frenética, y aquel despistado extranjero observaba boquiabierto todo cuanto le rodeaba. Nada de lo que le habían contado le parecía allí exagerado. El país de las maravillas y del conocimiento era real, y él estaba dispuesto a ser el primero que contase con detalle cómo eran aquellas tierras. Aunque no tenía mucho tiempo, pues su alma



inquieta lo empujaba a devorar más culturas, más kilómetros, más gentes, más enigmas.

El primer viajero que llegó hasta el país del Nilo dando cuenta en sus crónicas de todas sus maravillas fue el erudito griego Herodoto. Nacido en Halicarnaso en el siglo V a.C., dedicó buena parte de su vida a recorrer todos los lugares conocidos del mundo antiguo. Es gracias a su obra por lo que podemos saber de primera mano cómo eran gran parte de las culturas del Mediterráneo en un tiempo tan remoto. De sus escritos tan sólo se ha salvado su enciclopedia *Historias*, dividida en nueve volúmenes, un trabajo del que han mamado grandes historiadores hasta nuestros días por ser el único testimonio escrito de aquella época.

No hay que quitar ningún mérito a Herodoto, cuya ansia de conocimiento y saber le llevó a realizar interminables viajes por lugares ignotos, y es gracias a su testimonio que esta parte de la Historia se ha salvado. La vida del escritor griego es un ejemplo a seguir por todos aquellos que sólo aspiran a encontrar la aventura en el sentido más radical de la palabra. Este personaje fue, en definitiva, uno de los primeros bohemios que buscó en sus viajes lo sorprendente de todo cuanto lo rodeaba. Así reflejó en sus textos anécdotas, costumbres insólitas e incluso encuentros con seres fabulosos, dando testimonio, por ejemplo, de que en desiertos norteafricanos había hombres sin cabeza que podían ver gracias a un gran ojo que tenían en su pecho. Sin embargo como queda claro por algunas de sus crónicas la vida y percepción de Herodoto nunca se caracterizaron por su rigor científico.



Para entender los textos del aventurero heleno es necesario viajar también hasta aquella época y hasta la mente de un hombre que se enfrentaba a un mundo incomprensible todavía para él, que tuvo que superar muchas dificultades en sus expediciones y enfrentarse a cientos de problemas como, por ejemplo, el de los idiomas. Hasta hace muy poco, todos los arqueólogos defendían que en la fórmula básica para fabricar natrón, la pasta grasienta en la que se sumergían los cadáveres para, posteriormente, momificarlos, era básico el uso de betún, tal y como recogían los textos de Herodoto. Pues bien, los últimos estudios realizados en la Universidad de Bristol, por los químicos Richard Evershed y Stephen Buckley han demostrado que en tal pasta había de todo menos betún. Sin que esto, repito, suponga un menosprecio a la obra de un hombre que se jugó la vida en varias ocasiones recorriendo el mundo. Lo que sí nos indica claramente es que Herodoto fue un soñador con ansia de aventura más que un riguroso científico, tal y como hasta ahora nos han querido mostrar muchos historiadores.

Sirvan, pues, estas líneas como pequeño homenaje al sabio de Halicarnaso, que sin ser hombre de ciencia se merece un puesto de honor en el nacimiento de la egiptología. Pues, a pesar de sus errores, fue el primero en llegar a una tierra lejana intentando comprender, con los escasos medios de los que disponía, una cultura tan magnífica y compleja que todavía hoy deja sin habla a muchos que, usando la más moderna tecnología, siguen sin desvelar sus misterios.

Con su testimonio, Herodoto abrió una senda que anticipaba un sinfín de conocimientos y maravillas. Pero tuvieron que





El entonces general Napoleón, más tarde emperador, dejó tras su conquista una tropa de eruditos que sentaron las bases de la Egiptología.

transcurrir muchos siglos para que Europa volviese a interesarse por la cultura egipcia. Esta vez, la iniciativa partió de un general francés y de un puñado de “asnos”.

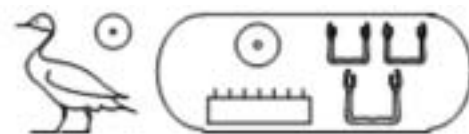
Un personaje políticamente incorrecto

LA TROPA, PERFECTAMENTE FORMADA, esperaba impaciente. Sus rostros duros, curtidos ya en muchas batallas, miraban expectantes, mientras la salada brisa marina acariciaba sus mejillas, quizás como el último regalo que la patria hace a aquellos que posiblemente no regresen. Sin embargo, en un día así, el miedo es un sentimiento inútil del que nadie se acuerda. El honor y el orgullo de los que salían a conquistar la Historia lle-



CAPÍTULO IV

EL MENSAJE OCULTO DE LA GRAN PIRÁMIDE



Sello de Micerinos.

SIETE MARAVILLAS EXISTIERON EN EL MUNDO ANTIGUO, siete proezas que el hombre jamás podrá igualar. Seis de ellas marcaron el pasado de la Humanidad: los jardines colgantes de Babilonia, la tumba de Mausolo, el templo de Diana, el Coloso de Rodas, la estatua de Júpiter Capitolino y el faro de Alejandría. Pero una de ellas ha sobrevivido para asombro y desconcierto de aquellos que piensan que el poder del hombre se mide con cualquier cosa que no sea su inteligencia. Una silueta orgullosa que desde hace milenios se alza inmortal en medio del desierto: la Gran Pirámide.

Muchos, cómo no, han sido los que han querido destruirla. Al Mamun le quitó su recubrimiento a base de golpes y toneladas de vinagre hirviendo. Más tarde, por la fuerza, intentaron desvelar sus secretos, primero violando sus muros, luego dina-



Cuando los hombres de Al Mamun llegaron hasta la cámara del rey no hallaron en ella absolutamente nada. ¿Fue saqueada por tanto la tumba, o simplemente no ha sido hallada todavía la última morada del faraón?



mitando sus entrañas. Pero ella, vieja y cansada de tanta barbarie, continúa ahí; ocupando su majestuoso trono, continúa mirándonos desafiante; riéndose de tanto ignorante que, mediante la fuerza, quiso desvelar lo que sólo la sabiduría puede. Y es que el hombre tiene la fea costumbre de atacar lo que no entiende. Desde siempre, hemos intentado destruir lo incomprendible sin analizar el problema de fondo. Lo que no entendemos no es abominable ni monstruoso; es, sencillamente, diferente. Pero nos da miedo reconocer nuestra ignorancia, afrontar que, ante algo que podemos tocar y ver, no tenemos respuestas.

Los enigmas de la Gran Pirámide

ELLA ES DISTINTA A CUALQUIER OTRA COSA que la mente humana haya ideado jamás. Ciento cuarenta y siete metros de altura y más de dos millones y medio de bloques de piedra. Y lo más importante, gran cantidad de secretos que todavía se mantienen intactos bajo sus castigadas piedras. La Gran Pirámide de Gizeh es un inmenso enigma a la vista de todos, del que se han escrito miles de libros y que se resiste a contarnos su sentido más elemental. ¿Quién la construyó? ¿Cuándo? Y, ¿para qué? No hay datos definitivos que nos indiquen claramente quién fue su arquitecto, y menos su promotor. Las únicas “pruebas” que existen para la Arqueología oficial acerca de la paternidad del monumento son las que aportó el viajero griego Herodoto. Fantasioso y poco metódico, como quedó patente en el primer capítulo de este libro, el intrépido heleno reflejó en sus textos que el faraón que la había construido fue Keops. Sin embargo,





La Gran Pirámide de Gizeh y la inconfundible Esfinge, una postal conocida por su belleza en todo el mundo.

su testimonio no coincide con ningún otro de los aportados por el resto de cronistas e historiadores antiguos. Para el erudito árabe Makrazi es al desconocido rey Surid al que habría que atribuirle la construcción de la Gran Pirámide. Otros más antiguos, como Abd al Latif, comentan que incluso en la fachada de la gran mole de piedra se podía apreciar la marca que las aguas del diluvio habían dejado. Algo que nos puede parecer increíble, salvo por las pruebas geológicas realizadas recientemente en la Esfinge de Gizeh, que pondrían de relieve una mayor antigüedad en algunas de las construcciones egipcias, y de las que hablaremos en el próximo capítulo.

Pero si su paternidad y su verdadera edad son un enigma, no lo es menos su posible función. A todos los viajeros y turistas que llegan hasta la zona se les explica detalladamente que la



gran mole que tienen ante sí es una tumba real. Sin embargo, esta afirmación no es nada clara. El califa Al Mamun llegó con una expedición, en el año 820 d.C., dispuesto a ser el primero en desentrañar los secretos del conocido monumento, movido por las leyendas que afirmaban que en su interior se encontraban escondidas en un gran archivo todas las ciencias antiguas. Primero, quitó el recubrimiento exterior de mármol a base de prender enormes hogueras que resquebrajaban la piedra; después, toneladas de vinagre, enormes martillos y palancas hacían el resto. Una vez quitada la “cáscara”, el incansable monarca excavó un túnel y fue el primero que llegó hasta las entrañas de la pirámide. Sus impacientes ojos fueron los primeros que escudriñaron la gran galería, la cámara de la reina y la cámara del supuesto rey. Pero el poderoso califa no encontró absolutamente nada, sólo polvo, moho e insectos. Si allí hubo alguna vez algún faraón enterrado, no se halló ni tan siquiera un pequeño trozo de cerámica de su fabuloso ajuar. No había frescos, ni dibujos adornando su lecho, tan sólo la fría e inerte piedra.

Al Mamun se fue de allí con las manos vacías, y sus hombres sin el botín prometido, aunque sí aportaron un dato clarificador para la Historia. Aquel monumento podía ser cualquier cosa menos una tumba. El ajuar funerario de un faraón de gran categoría estaba compuesto por miles de objetos, gran cantidad de oro, de joyas preciosas, etc. Y el problema no fue que el califa, siendo el primero en entrar no encontrara el fabuloso tesoro, sino que no encontró ni tan siquiera los restos del posible saqueo. Este desconcertante dato, aunque nos sorprenda, puede



TODOS HEMOS PERCIBIDO EN MULTITUD de ocasiones eso a lo que llaman destino. Para muchos, el futuro no es más que una falsa percepción mental, ya que nuestra psique no puede pasar más allá del presente. Sin embargo, al analizar las circunstancias del pasado, se nos muestran ciertos entresijos que es muy complicado atribuir a la casualidad.

Sé que el tema del que estoy hablando es más propio de las religiones y de la filosofía que de la egiptología, pero al analizar la vida de Howard Carter y de Lord Carnarvon no he podido titular este capítulo de otra forma. Dos personas que, por un cúmulo de “casualidades” se encuentran en la vida, que excavan en un lugar ya sin interés para la arqueología y que dan con el hallazgo más importante de cuantos se hayan producido en el país de los faraones.



Carter y Carnarvon trabajando en la tumba del olvidado faraón, un descubrimiento que terminó siendo famoso por los trágicos hechos que lo envolvieron.



No quiero decir con esto que nuestro futuro esté ya escrito y que, como Edipo, hagamos lo que hagamos la tragedia o la dicha hayan de marcar nuestras vidas. Esto no es más que un absurdo. Pero sí que la divina providencia, o eso a lo que muchos llaman suerte, hace que las circunstancias que nos rodean nos empujen hacia un camino u otro. Aunque, por supuesto, la última palabra siempre la tendremos nosotros.

Pues esto fue lo que le sucedió a los intrépidos aventureros que antes he mencionado: hallar la tumba del faraón fue su mayor dicha y, a la vez, su mayor castigo.

El encuentro de dos aventureros

LA ESCENA TUVO QUE SER BASTANTE extravagante. George Herbert, el joven y altivo lord inglés, disfrutaba fumándose una pipa sentado en su cómodo sillón del Trinity College de Cambridge, mientras un pequeño grupo de obreros quitaba de las paredes de su habitación el flamante y moderno recubrimiento de madera. Y es que este hombre tenía verdadera pasión por las antigüedades, así que no escatimó en gastos y, con su perseverancia, consiguió un permiso del mejor colegio de Inglaterra para que le permitieran restaurar el aspecto que en el pasado tenía el aposento donde vivía. Ahora sí que podía sentirse a gusto, rodeado de la misma decoración que viejas celebridades británicas habían visto mientras estudiaban. Era quizá como si de esta forma el ambiente le ayudara a conseguir las mismas proezas de las que habían sido protagonistas sus antecesores. Y a fe que él se esforzó en no pasar por la Historia de manera desapercibida.



Multimillonario a una edad muy temprana, tan sólo tenía veintitrés años cuando heredó la fabulosa fortuna familiar. Desde entonces dio rienda suelta a una juventud alocada practicando multitud de deportes, sobre todo náuticos, y convirtiéndose, además, en un excepcional tirador. Lo primero que hizo al recibir la enorme cantidad de dinero que el destino le tenía reservada fue comprarse un velero y dar la vuelta al mundo. El mar fue una de sus pasiones, hasta que descubrió el automovilismo. Adquirió entonces un potente coche y obtuvo el tercer permiso que se dio para conducir en Inglaterra. Desde entonces, se dedicó en cuerpo y alma a las carreras, hasta que un desgraciado accidente en una prueba celebrada en Alemania casi acaba con su vida. Arrastrando una salud precaria desde aquel día, se vio obligado, por prescripción médica, a huir de su país natal todos los inviernos, ya que sus pulmones quedaron dañados de por vida en aquel trágico golpe. Y qué mejor sitio donde huir del invierno que Egipto.

Este cúmulo de circunstancias, de casualidades o llámenlo como quieran, fue lo que realmente llevó a Lord Carnarvon hasta las orillas del Nilo, donde cambió de vida a la vez que empezó a amar la egiptología. Interesado desde muy joven por las antigüedades, en un país como este podía dar rienda suelta a su imaginación y sus anhelos. Así, en 1906 comienza sus excavaciones, pero pronto se da cuenta de que le falta experiencia y conocimientos en este campo, por lo que, ni corto ni perezoso, se va a hablar con Maspero, uno de los mejores historiadores del momento, para que le recomiende una persona que pueda ayudarle en sus propósitos. Y éste le da el nombre



de Howard Carter, un arqueólogo hasta entonces de segunda fila, que había trabajado a las órdenes de grandes excavadores como Petrie y el norteamericano Davis.

Me gustaría decir que Maspero le dio este consejo porque tenía una fe ciega en este joven inglés. Sin embargo, nada más alejado de la realidad. La razón principal de esta recomendación era que Carter estaba en aquel momento libre, sin trabajo alguno, siendo la mejor opción a escoger. El muchacho estaba harto de llevar una vida tediosa en el servicio de antigüedades de Luxor y dimitió de su cargo en 1905, intentando así apagar su ilimitada sed de aventura.

Este hombre, desconocido todavía para la Historia, era una persona meticulosa y de gran valentía, como demostró en 1916 mientras se hallaba de vacaciones cerca del Valle de los Reyes. Sumergido en la Primera Guerra Mundial, Egipto había descuidado la salvaguarda de muchas de sus joyas arqueológicas. Esta circunstancia fue la que empujó una noche a varios ancianos de una pequeña aldea a ir a advertirle de que un grupo de ladrones había encontrado una tumba y la estaba saqueando. Sin pensárselo dos veces, Carter fue hasta el lugar de los hechos, donde fue testigo de la batalla campal que se producía entre dos bandas de ladrones ante la entrada del sepulcro. Una vez terminada la escaramuza, se acercó junto con los ancianos hasta la boca del pozo que habían excavado y se deslizó por la cuerda hasta que los sorprendió in fraganti. Allí dentro, se enfrentó solo a ocho hombres. Para resolver la situación, les dio a elegir entre dos opciones: salir inmediatamente de la tumba o, en caso contrario, que las



personas que había arriba cortaran la cuerda y todos, incluido él, quedaran allí sepultados para siempre. Y lo increíble es que el improvisado plan funcionó.

Creo que ha quedado clara la fuerte personalidad de los dos hombres. Carter y Carnarvon eran dos aventureros a los que el destino unió, como ahora veremos, para siempre. Con una exquisita educación británica, ambos renunciaron a una vida cómoda porque algo dentro de su alma los empujaba al riesgo y a lo desconocido. Seguro que a día de hoy ninguno cambiaría ni un solo día de su vida, aunque el destino al final les jugara una mala pasada.

Tutankamon nace para la Historia

CUANDO LLEGARON ALLÍ SE PRESENTÓ ante sus ojos un enorme queso de Gruyère. Un valle desértico lleno de agujeros y de montones de escombros, por el que paseaban infinidad de turistas. No existía por aquel entonces ni un solo plano que reflejara cuántas excavaciones se habían hecho y qué número de tumbas habían sido halladas. Así era el Valle de los reyes en 1917, año en que Carnarvon y Carter comenzaron a excavar, un lugar que en principio no revestía ya ningún valor para la Arqueología, pues se pensaba que allí no quedaba nada por descubrir. Cien años antes, Belzoni escribía: “Estoy completamente convencido de que en el valle de Biban-el-Muluk no hay más tumbas que las conocidas a través de mis descubrimientos recientes”. Y en 1844 Richard Lepsius, opinaba de la misma forma. Además, Carter ya había excavado durante años en el



BREVE HISTORIA DEL ANTIGUO EGIPTO

mismo lugar en compañía del norteamericano Davis sin que sus descubrimientos hubieran tenido gran importancia. Pero, aún así, no tenían otro lugar mejor donde ponerse a trabajar, por lo que no vacilaron en su intento.

Los indicios con los que contaban para suponer que podrían hallar la tumba de Tutankamon eran muy débiles. En los trabajos que Carter hizo con Davis años atrás aparecieron cerca de la tumba de Ramses VI una copa de porcelana con el nombre del faraón, unas vasijas de barro llenas de trozos de arcilla y pedazos de lino, y unos sellos también de barro con mención al mismo rey. Quizás lo más importante de cuanto se



Cuando se rompió el primer muro un mundo de maravillas y objetos imposibles se abrió ante los ojos del asombrado arqueólogo.



halló fue en una tumba de pozo cercana; trozos de un arca con láminas de oro con el nombre del mismo faraón, restos que empujaron a Davis a creer que había encontrado la sepultura de Tutankamon, un pobre y casi vacío agujero. Era lógica la suposición, pues este rey menor no debió de tener una tumba excesivamente suntuosa, y los restos que allí quedaron habrían sido saqueados con el paso de los milenios, tal y como sucediera con todo el valle. Pero, como en tantas otras ocasiones, las hipótesis lógicas acerca de lo que sucedió a lo largo de la Historia fallaron.

En 1917 Carter y Carnarvon comienzan sus excavaciones, trazando un triángulo justo delante de la tumba de Ramses VI; pero al descubrir por completo su entrada, sacando a la luz también unas chozas para obreros, deciden buscar en otro lugar. Así transcurren varios años, excavando en diversos sitios donde no hallan nada de importancia. Hasta que, al fin, en noviembre de 1922, vuelven al lugar donde comenzaron y deciden tirar las viejas chozas. Apenas llevaban dados un par de golpes de piqueta y apareció ante ellos una pared de argamasa que bien podría ser la entrada de una tumba. Tras dos días de desescombro ya no había duda, al descubrir el duodécimo escalón salen a la luz los sellos que indican que pueden encontrarse ante un hallazgo de grandes proporciones. Carter rompe un trozo de la pared e introduce una linterna eléctrica para observar que hay un largo pasillo tapado con piedras, lo que indica que son los primeros en haber descubierto el lugar, con lo que llama a Carnarvon y decide esperar a que éste llegue a su lado.



El día 24 retiran de nuevo los escombros de toda la escalera, y al llegar al escalón 16 pueden contemplar toda la pared y el nombre de Tutankamon, con lo que ya no les queda duda de que están ante la tumba de este desconocido rey. Pero la inquietud se apodera de ellos al examinar la puerta de argamasa con detalle y comprobar que los sellos habían sido rotos y reparados, lo que les induce a pensar que ladrones u otras personas ya habían estado allí miles de años antes. A pesar de todo, rompieron esta primera barrera y, tras varios días de trabajo, los obreros desescombraron los casi ocho metros de pasillo que les llevaron hasta una segunda puerta. En ésta, figura de nuevo el sello del faraón. Sin embargo, vieron también señales claras de que alguien había estado allí, y su nerviosismo creció por momentos. Lo que pasó en los siguientes minutos es ya un clásico de la arqueología. Con mano temblorosa, Carter hizo un agujero en la parte superior izquierda de la segunda puerta ayudándose de una barra. Una vez hecha la oquedad, pasó una llama varias veces para cerciorarse de que no había ningún tipo de gas tóxico y, a continuación, introdujo la barra comprobando que había un gran espacio hueco. Entonces, prendió con sus manos llenas de polvo una cerilla y encendió una vela, introduciéndola poco a poco por el agujero que había hecho. Lord Carnarvon, impaciente, le preguntó:

—¿Ve usted algo?

Y Carter, girando su rostro, atónito y con la mirada perdida, le respondió:

—Sí, algo maravilloso.



BIBLIOGRAFÍA

- ALFORD, ALLAN F. : *Los dioses del nuevo milenio*. Martínez Roca, 1997.
- ÁLVAREZ LÓPEZ, JOSÉ: *El desafío de la Gran Pirámide*. Biblioteca de Espacio y Tiempo, 1991.
- ARES, NACHO: *Egipto el oculto*. Corona Borealis, 2001. *Templos sagrados del antiguo Egipto*. Edaf, 2001.
- ARNÁIZ, ANTONIO y ALONSO, JORGE: *Egipcios, beréberes, guanches y vascos*. Complutense, 2000.
- BAUVAL, ROBERT: *La cámara secreta*. Oberon, 2001. *Símbolo y Señal*. Planeta, 1993.
- BAUVAL, ROBERT y GILBERT, ADRIAN: *El misterio de Orión*. Emecé Editores, 1995.
- BAUVAL, ROBERT y HANCOCK, GRAHAM: *El guardián del Génesis*. Seix Barral, 1997.

BUCHANAN, GENE: *La tierra, legado de los dioses*. Producciones editoriales, 1978.

CARTER, SPENCER: *Misterios de la antigüedad*. Robinbook, 2002.

CERAM, C.W.: *Dioses, tumbas y sabios*. Ediciones Destino, 1995

FERNÁNDEZ BUENO, LORENZO: *Crónicas del Misterio*. Edaf, 2001.

FERNÁNDEZ BUENO, LORENZO y VALLEJO, JUAN JESÚS: *Operación Al-Andalus*. Corona Borealis, 2000.

GÓMEZ BURÓN, JOAQUÍN: *Los enigmas pendientes*. Biblioteca de Espacio y Tiempo, 1991.

GRUAIS, GUY y MOUNY, GUY: *El gran secreto de la Esfinge de Gizah*. Tikal, 1995.

HEYERDAHL, THOR: *Aku-Aku*. Juventud, 1958.

JACQ, CHRISTIAN: *El saber mágico en el Antiguo Egipto*. Edaf, 1998. *El antiguo Egipto día a día*. Planeta, 2000.

LANDSBURG, ALLAN Y SALLY: *En busca de antiguos misterios*. Plaza & Janés, 1975.

POCHAN, ANDRÉ: *El enigma de la Gran Pirámide*. Plaza & Janés, 1976.

TEMPLE, ROBERT: *El sol de cristal*. Oberon, 2001.

VÁZQUEZ, MARIANO J.: *Akhenaton el hereje del sol*. Ediciones 29, 1999.

WEST, JOHN ANTHONY: *La serpiente celeste*. Grijalbo, 2000.

WILWON, COLIN: *El mensaje oculto de la Esfinge*. Martínez Roca, 1997.

Operación Rapa-nui. EME, 1996.



Otros títulos de la colección

Breve Historia de Los Gladiadores

Daniel P. Mannix

Descubre la historia real del Circo Romano y los míticos luchadores que combatían a muerte.

Breve Historia de Los Samuráis

Carol Gaskin y Vince Hawkins

La auténtica historia de los más implacables guerreros de la antigüedad.

Breve Historia del Rey Arturo

Christopher Hibbert

Descubra la historia del héroe real en el que se basa la leyenda del Rey Arturo y los Caballeros de la Tabla Redonda

Breve Historia de Alejandro Magno

Charles E. Mercer

Vida y hazañas del valiente y despiadado rey, el más brillante estratega militar del mundo antiguo.

Breve Historia de las Cruzadas

Juan Ignacio Cuesta

Viva las ocho cruzadas en las que miles de guerreros cristianos batallaron contra el Islam y arrasaron Tierra Santa para conquistar el “Reino de los Cielos”.